

Elena PONIATOWSKA, *Luz y luna, las lunitas*. México, ERA, 1994.

*Luz y luna, las lunitas* es un libro de ensayos y de crónicas, de memorias y de vivencias, de interpretación de realidades y de recreación de mitos. No parece pertenecer a ningún género específico, y aunque a primera vista los textos que lo componen no parecen tener relación alguna entre sí, en realidad tienen un hilo conductor que es la sensibilidad de la autora, su simpatía y compasión por los desposeídos de esta tierra, su genuina admiración por el ingenio y habilidad artística de los artesanos mexicanos y la reciedumbre de sus mujeres. La recopilación de estos textos forma un libro de nostalgia, de añoranza, de arrobamiento ante una realidad que no podemos atrapar o a la que no podemos pertenecer.

La escritura de Elena Poniatowska se distingue aquí por ser una yuxtaposición de fragmentos, una práctica fragmentada de la escritura, que yo diría femenina, y que produce la sensación de espontaneidad, de frescura, de no ser un texto literario, incluyendo el más conscientemente literario de todos: "Las señoritas de Huamantla". Y digo que es el más literario de todos porque ahí se juega con el mito de la Malinche y su amalgamamiento a otros, como el de Xochiquetzalli y la virgen de la Caridad.

Cada texto está construido a partir de escenas revividas de algún libro o recreadas a partir de la experiencia propia, pero son escenas que parecen agolparse al mismo tiempo en la mente de la autora y necesitan esperar su turno necesariamente secuencial en la escritura. Una idea sucede a la otra, una imagen, una reflexión, un recuerdo, se va encadenando a otro sin solución de continuidad.

Así sucede en el primer ensayo, que nos da cuenta de los oficios de la ciudad de México, y que abarcan desde los que Elena no vio pero sí recupera de otros testigos, hasta los que perduran en nuestros días. Los oficios, los pregones, los ruidos, los objetos de la vendimia, las herramientas, desde el mecapal, la afiladora y los palitos hasta el simple y puro lomo que servía para cargar roperos y personas. En "Juchitán de las mujeres" nos topamos con el erotismo a flor de piel de las mujeres, sus costumbres, sus ritos de iniciación o matrimonio, su vida en el mercado o en la casa y su lúdica y gozosa relación con los hombres. "Se necesita muchacha" va y viene de México a Perú o a otros lugares de nuestro continente, haciéndonos sentir cabalmente el dolor de la opresión física y espiritual que sufren los campesinos, pero sobre todo las campesinas que vienen a la ciudad a "prestar sus servicios" como muchachas, sirvientas, criadas, gatas, cholas, *kikapú*, etcétera. Quizá el único texto que parece un relato más hilvanado sea precisamente el retrato de Jesusa Palancares, que sin embargo está dividido en dos partes escritas con diferencia de nueve años. Y

aún así pasa de la descripción de su cuarto en una vecindad a su conversación, a su actitud hostil hacia Elena, a su cigarrito que fumaba mientras escuchaba la radio, a las fotos que Jesusa rompió porque no eran de “estudio”, a su religión espiritualista y así hasta el día de su muerte.

*Luz y luna, las lunitas* nos habla de los campesinos y campesinas que vienen a la ciudad de México a ofrecerse para trabajar en cualquier oficio o para entrar al “servicio”; del orgullo y la sensualidad de las juchitecas, de la bravura y reciedumbre de Jesusa Palancares, de la lucha de las sirvientas por la dignidad, así como de la labor minuciosa que realizan las manos mágicas de las bordadoras de Huamantla, los hacedores de alfombras de flores o las recolectoras de hongos, bajo la sombra amenazante de la Malinche y la mirada dulce de la virgen de la Caridad. Todo esto con el asombro de una niña que ve por primera vez lo que la rodea. Veamos lo que dice de las juchitecas:

Hay que verlas llegar como torres que caminan, su ventana abierta, su corazón ventana, su anchura de noche que visita la luna. Hay que verlas llegar, ellas que ya son gobierno, ellas, el pueblo, guardianas de los hombres, repartidoras de los víveres, sus hijos a horcajadas sobre la cadera o recostados en las hamacas de sus pechos, el viento en sus enaguas, floridas embarcaciones, su sexo panal de miel derramando hombres, allí vienen meneando el vientre, jaloneando a los machos que a diferencia suya visten pantalón claro y camisa, guaraches y sombrero de palma que levantan en lo alto para gritar: “Viva mujer juchiteca”.

En esta vívida y sensual descripción hay arrobamiento, pero también añoranza por una vida no vivida, asumida, compartida. Éste es un libro escrito desde el otro lado, desde la extranjería y la extrañeza, y no porque Elena no sea mexicana, pues lo es según su propia afirmación, sino porque todo esto que con profundo asombro nos presenta está visto desde fuera, por su condición de mujer urbana, “catrina”, escritora: su condición de clase en un país terriblemente clasista.

Elena nos cuenta de otros países, otros mundos que nosotros, como ella, conocemos de oídas, de vistas, pero que no hemos vivido. Los visitamos como ella los miércoles a Jesusa Palancares y nos olvidamos de ellos para seguir viviendo en el nuestro. Por algo Jesusa Palancares le dice a Elena: “¿En qué país vive usted?” Elena, consciente de este dilema, hace una sincera y franca declaración respecto a Jesusa Palancares/Josefina Bórquez, personaje que dio vida a su novela *Hasta no verte, Jesús mío*:

Ni el doctor en antropología Oscar Lewis ni yo asumimos la vida ajena. Ricardo Pozas jamás dejó a los indígenas... Fueron su vida,

no sólo una investigación académica. Para Oscar Lewis, los Sánchez se convirtieron en espléndidos protagonistas de la llamada antropología de la pobreza. Para mí Jesusa fue un personaje. El mejor de todos. Jesusa tenía razón. Yo a ella le saqué raja como Lewis se la sacó a los Sánchez... La vida de los Sánchez no cambió para nada; no les fue mejor ni peor. Lewis y yo ganamos dinero con nuestros libros sobre los mexicanos que viven en vecindades. Lewis siguió llevando su aséptica vida de antropólogo norteamericano... y ni mi vida actual ni la pasada tienen que ver con la de Jesusa. Seguí siendo ante todo una mujer frente a una máquina de escribir.

Al mismo tiempo, Elena reconoce que Jesusa hizo algo por ella. Al identificarse con Jesusa, Elena sintió que crecía, se sintió mexicana y por fin pudo decir “yo sí pertenezco”, dejando atrás el “I don’t belong” de su aristócrata familia europea. Lo que resulta dolorosamente irónico es que sea precisamente Jesusa la que se sienta extranjera en su propia tierra:

Al fin de cuentas yo no tengo patria. Soy como los húngaros, de ninguna parte. No me siento mexicana ni reconozco a los mexicanos. Aquí no existe más que pura conveniencia y puro interés. Si yo tuviera dinero y bienes sería mexicana, pero como soy peor que la basura pues no soy nada.

Y el libro, por estar escrito desde fuera, está también escrito desde la culpa. Elena es, en palabras de Jesusa, “una catrina que no sirve para nada”. Una mujer que, como muchas de nosotras, necesita muchacha para hacer lo que hacemos y ser lo que somos: escritoras o académicas o profesionales. Cuando Elena reflexiona sobre esto, uno no puede evitar sentirse tan culpable como ella, y dolerse del dilema que enfrentamos a diario:

La patrona tiene otro destino, ha cultivado el cerebro, lo ha alimentado, es más, lo ha costeado el Estado. Está muy bien que otro ser humano, sin destino, ni oficio ni beneficio, la criada pues, haga lo que a ella le quitaría un tiempo infinito y valiosísimo [...] Mientras yo escribo, María, en la cocina, calienta la leche para darles de desayunar a mis hijos. De mí dirán después que qué buen libro (o qué malo), que qué inteligente o qué bestia peluda, pero de un modo o de otro estaré en el candelero dizque cultural. María probablemente se encuentre de nuevo frente a la estufa, abriendo el gas, no para meter su cabeza dentro del horno como Silvia Plath (lo cual ya es un privilegio de la clase dominante), sino vigilando la olla de la leche que hierve, para darles a los niños el desayuno número 17159374628430000.

Cita por demás elocuente, cuyo sentimiento de culpa comparto plenamente. Margo Glantz, en su ensayo “Las hijas de la Malinche”, dice de Elena Poniatowska:

[...] el mismo sentimiento de culpa presente en Elena Garro y en Rosario Castellanos la inclina a abrazar “la causa” de los desvalidos, de quienes, como sus criadas, hablan el idioma inferior, el doméstico, y pertenecen a esa vasta capa social que conforma lo que ella llama “la espesura del reproche”.

Me inclino a subrayar esta afirmación, y quisiera agregar que no es, quizá, sólo la culpa lo que lleva a Elena a proteger, a ser la voz de los desvalidos, también se percibe en ella una cierta inseguridad (“la debilidad de mi carácter”), curiosa para mujer tan valiente, que la induce a admirar lo que ella considera su opuesto, a las mujeres fuertes, bravas, recias, como Jesusa Palancares, que no necesita de nada ni de nadie: “¡Qué padre vieja, Dios mío! No tiene a nadie en la vida, la única persona que la visita soy yo, y es capaz de mandarme al carajo”. O a las mujeres que no son dejadas, como las juchitecas:

Tienen las juchitecas un carácter y un temperamento muy recios, y a diferencia de otras regiones en que las mujeres se hacen chiquitas y lloran, en Jalisco, en el Bajío, en el D. F., no, ellas no, nada de abnegadas madrecitas mexicanas, anegadas en llanto, en el Istmo se imponen con los olanes blancos de su tocado, el tintinear de sus alhajas, el relámpago de oro en su sonrisa.

*Luz y luna, las lunitas* se centra en personajes, lugares, costumbres y mitos de distintas regiones de nuestro país, que nos son en parte ajenos. Pero nos dice mucho de la autora porque está salpicado de comentarios francos y espontáneos sobre sí misma y sus reacciones ante lo que observa. Y al toparnos con éstos y reflexionar sobre ellos, el libro también nos dice mucho de nosotros, lectoras y lectores.

Eva CRUZ YÁÑEZ